

UN Equilibrio MUY Difícil



La naturaleza y la economía mundial

Basado en una conversación entre
David Attenborough y Christine Lagarde

En la naturaleza, todo está entrelazado. Y se puede decir lo mismo de la relación entre un medio ambiente saludable y una economía saludable. No cabe pensar que sea posible preservar la vida sin cuidar la naturaleza. Y necesitamos economías saludables para sacar a la gente de la pobreza y alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.

En nuestro modelo actual, estos objetivos a veces parecen contraponerse, y nuestras actividades económicas parecen estar al asedio de la naturaleza. Pero la naturaleza —un clima estable, agua dulce fiable, bosques y otros recursos naturales— es lo que hace posible la industria. No se trata de elegir entre lo uno y lo otro. No es posible lograr desarrollo humano a largo plazo sin un clima estable y un mundo natural saludable.

Pérdida de contacto

En definitiva, el daño infligido al mundo natural es un daño que repercute en nosotros mismos. El impacto de nuestra creciente huella económica es una amenaza directa para nuestro propio futuro. Según ciertas estimaciones, más del 50% de la población mundial ahora vive en zonas urbanas, lo que hace más probable que la gente pierda contacto con la naturaleza.

Con el aumento proyectado del nivel de los océanos y el incremento de la temperatura media del planeta, enormes franjas de tierra, incluso países enteros, se tornarán inhabitables, lo cual desencadenará migraciones masivas inducidas por el clima. Nunca ha sido tan importante comprender cómo funciona el mundo natural y qué debemos hacer para preservarlo.

Un primer paso necesario es reconocer que el enemigo es el desperdicio. Desperdiciar alimentos, energía o materiales es una afrenta a la sostenibilidad. Producir plásticos que se convierten en basura es un desperdicio, sobre todo si esos plásticos contaminan nuestros océanos. Si pudiéramos vivir conforme al simple mandamiento de “no hacer daño”, tanto las personas como las empresas y las economías, juntos podríamos marcar una diferencia. El consumo excesivo y la producción insostenible han puesto al planeta en peligro.

Conexión natural

Como el mundo natural y el mundo económico están conectados, los principios que se aplican a ambos son similares.

En el mundo financiero, por ejemplo, no consumiríamos el capital hasta el punto de agotarlo porque eso supondría una ruina financiera. Y sin embargo, en el mundo natural hemos hecho esto una y otra vez, con la sobrepesca y la explotación excesiva de bosques, entre muchos otros recursos, en algunos casos hasta llegar al punto de extinción. Tenemos que tratar el mundo natural como trataríamos el mundo económico, es decir,

protegiendo el capital natural para que continúe arrojando beneficios hasta muy a futuro.

Esto es algo que los economistas pueden apreciar: la importancia de reducir al mínimo el desperdicio, de aprovechar las ventajas que ofrece la eficiencia y de reflejar adecuadamente los costos en los precios, incluidos los costos impuestos a la totalidad de nuestro recurso compartido, el medio ambiente.

Podemos dar el importante paso de garantizar que el precio de la energía proveniente de los combustibles fósiles refleje no solo los costos de producción, sino también los costos ambientales; es decir, hay que poner un precio al carbono y otros gases de efecto invernadero. Tenemos que eliminar los subsidios a la energía que inducen a la búsqueda continua de nuevos combustibles fósiles o que promueven el uso excesivo y el desperdicio, lo cual perjudica la salud de la naturaleza y la de los seres humanos. Según estudios del FMI, el subsidio mundial implícito que suponen los precios insuficientes de la energía y sus costos ambientales ascendieron en 2017 a la pasmosa suma de USD 5,2 billones, o 6,5% del PIB mundial.

El cambio empieza ahora

Para preservar la simbiosis vital entre el mundo económico y el natural, todos podemos hacer más, mucho más. El sector privado puede dejar de apoyar o de subsidiar las industrias y actividades que dañan el planeta, y en cambio invertir en el desarrollo sostenible. Los gobiernos pueden emprender políticas para combatir el cambio climático y la destrucción de la naturaleza, por ejemplo, promoviendo la investigación y el desarrollo de tecnologías limpias.

El cambio tiene que empezar ahora, y es algo que nos atañe a todos. La juventud de hoy lo comprende, como lo demuestra la valiente Greta Thunberg y otros jóvenes como ella. Estos jóvenes están exigiendo a las generaciones más viejas que tomen medidas de inmediato para revertir el cambio climático, porque es *su* futuro el que está en juego. Gracias a estas generaciones más jóvenes, aún hay esperanza.

La naturaleza es resiliente. Aún podemos revertir parte del daño que hemos infligido en nuestro precioso planeta. Pero el tiempo se está agotando. Si no tomamos medidas decisivas en los próximos 10 a 20 años, el daño será irreversible.

Tenemos que trabajar coordinadamente en varios frentes, y tenemos que hacerlo ya.

Porque ninguno de nosotros queremos escuchar este duro reproche de nuestros nietos: “Sabías lo que estaba sucediendo, y no hiciste nada”. **FD**

Este ensayo está basado en una conversación entre **SIR DAVID ATTENBOROUGH**, experto en historia natural y narrador de la serie documental de Netflix *Nuestro planeta*, y la ex Directora Gerente del FMI, **CHRISTINE LAGARDE**.